

pa, y se mantuvo en el Brasil hasta que estalló en Lisboa la revolución iniciada por Sepúlveda, la cual obligó á la regencia, que gobernaba en nombre de Juan VI, á convocar unas Córtes donde se formuló una Constitución casi democrática. Las circunstancias eran críticas para la casa de Braganza, que no podía sin peligro abandonar el Brasil, donde se traslucía bien á las claras el deseo de conquistar la independencia; y sino se presentaba inmediatamente en Lisboa, corría grave peligro la conservación de su dinastía. El rey Juan comprendió que no le convenía arriesgarlo todo de una vez, y salió del Brasil, donde dejó á su hijo D. Pedro con el título de regente.

Apenas se ausentó el monarca, la antigua colonia no quiso esponderse á caer de nuevo bajo el odiado régimen de la supremacía portuguesa, y se levantó como un solo hombre para conquistar su independencia y separarse para siempre de la madre patria. D. Pedro se asoció á este movimiento (7 de setiembre de 1821), proclamando solemnemente la independencia del país, que á su vez le saludó como emperador, siendo convocada acto continuo una Asamblea constituyente para formar las leyes fundamentales del nuevo imperio.

Entre los que tomaron una participación mas directa en este hecho memorable, figuran en primer término y merecen especial mención los tres hermanos José Bonifacio, Martín y Antonio Carlos Andrada, que en calidad de representantes del Brasil, habían tomado asiento en la Asamblea constituyente, congregada en Lisboa á consecuencia de los sucesos de 1820, y debieron la inmensa popularidad de que gozaban en el Brasil á la energía y tesson con que supieron defender los derechos de su patria en aquel Congreso, donde predominaba casi exclusivamente un espíritu favorable á la metrópoli.

Restituidos á su país natal, y persuadidos de que solamente una separación á viva fuerza aseguraria la suerte del Brasil para lo sucesivo, erigiéronse en apóstoles de la independencia, y declararon guerra á muerte al partido portugués. La adhesión del regente D. Pedro aseguró la victoria al bando á cuyo frente se pusieron los Andradas. Proclamado emperador Pedro I, nombró ministros á los dos hermanos José Bonifacio y Martín, concentrándose toda la influencia política en manos de estos tres últimos y en la de Antonio Carlos, asociado á sus designios. Eran los tres caracteres elevados y abrigaban en lo íntimo de su corazón el mas acendrado patriotismo, así como una instrucción vastísima en su mente. Empero, vanagloriados de su triunfo y embriagados con el aura popular, no sufrían contradicción alguna, aun cuando estuviese puesta en razón, y cualquiera que fuese el punto de donde partiera. Esto sentado, fácilmente se comprenderá que los Andradas no podían continuar mucho tiempo en buena armonía con el emperador D. Pedro I, que si bien abandonaba de buen grado á sus ministros los detalles de la administración, no carecía de